

## CARTA SOBRE UNA ESTAMPILLA

Escribe: LUIS NAVARRO

Queridos compañeros colombianos del arte: la última carta que me llega de vuestro país me ha impresionado de forma inesperada tan solo con caer en mis manos, sin rasgar el sobre ni tener tiempo de conocer el remitente. Es una carta como cualquier otra: señor Fulano de Tal, calle cual, Madrid, España. Detrás, escondida entre la carne de papel, está la letra, la noticia, lo que interesa y se desconoce. Sin embargo, la impresión se verificó en la cara del sobre, en la personalidad diferente del rostro habitual en las cartas colombianas. Es un sobre formal, a máquina, sin ningún distintivo particular de factura o composición. ¿El franqueo? El franqueo guarda el mismo carácter impersonal de la letra tipografiada pues está contrastado a matasello, sin esa gracia propicia de la filatelia.

Nada distinto, todo según costumbre; pero esta carta colombiana llega con rostro nuevo, algo así como una sonrisa en el ardoroso verano madrileño. No es otra cosa que una simple estampilla con el gesto de la farsa y el lema "Pro teatro colombiano", que alguien ha pegado como recado de fe en el arte nuevo de Colombia.

En seguida he pensado en escribir para congratular por esta magnífica iniciativa, pero como mis relaciones en las tablas colombianas son casi nulas, me decidí a usar las páginas de este Boletín, —banderilla del vigor artístico nacional—, que ya me ha oído en el terreno plástico.

Parta de quien parta esta iniciativa en favor de un movimiento teatral colombiano, ya provenga de entidades particulares, grupos minoritarios o actitud oficial, lo importante es que la intención ya está en el aire para provocar intereses y aunar voluntades, dar consistencia, estabilidad y altura a esa función característica del espíritu de las épocas grandes de los pueblos. ¿Cuáles son los Siglos de Oro de las naciones? Aquellos en los que el teatro adquiere su máxima categoría representativa. No nos dejemos confundir por los aspavientos de la preeminencia plástica, que se encuentra en el orden del día; subamos algunos tramos en la escalera de la perspectiva histórica y sorprendamos a grosso modo la trayectoria de la cultura occidental. Todas las culminaciones de las *épocas áureas* se realizan con la apoteosis del genio dra-

mático, desde Esquilo a O'Neill. ¿Quiénes son los más altos "exponentes" de los países que han resuelto su ciclo cultural sino los poetas dramáticos? ¿Quién conjuga más genuina e íntegramente que Homero, Dante, Shakespeare, Calderón, Moliere, Goethe, Ibsen, la representación de sus respectivos pueblos?

No son los más eximios filósofos, ni los genios musicales o plásticos, los que pueden conjugar —repto—, de manera más genuina e íntegra la personería de un pueblo; ni siquiera el novelista, el que más se acerca a esta disposición representativa que apuntamos. Porque el poeta dramático es el único capaz de dar cuerpo total, materia física entera, al espíritu de su época y de su pueblo. El artista, el músico, el poeta, el arquitecto, califican sus creaciones en razón directa a lo subjetivo (hoy más que nunca, se dice, pero siempre ha sido lo mismo bajo cualquier módulo de pensamiento); el dramaturgo —con "absurdo" o sin él— virtualiza sus obras en la realidad objetiva y no puede dejarse arrebatar por la hipocondría de torre de marfil. Y esto es válido, con la misma autenticidad, para la consideración sin fronteras de una época: Wilde para el *mundo victoriano*, Beckett para el actual *mundo nadista*.

El espacio y el tiempo objetivos son determinantes del dramaturgo; el espacio y tiempo subjetivos lo son de los demás creadores intelectuales, incluso, y aunque ya no con carácter imponderable, del novelista. Por eso no puedo compartir el criterio de que el arte plástico es *el único arte absolutamente representativo*, a menos que

caigamos en la trascendencia de la cámara fotográfica. Una mano es "absolutamente" idéntica ayer, hoy y mañana, aquí allá y más allá; el gesto de una mano puede variar en un simple trayecto de ferrocarril de una estación a la siguiente. El gesto es el retrato espiritual de un pueblo y no lo es su constitución encefálica, obviamente.

Por supuesto que no hablo de valores comparativos individuales ni pretendo establecer categorías entre los géneros de la cultura, del arte. Hablo del carácter intransferible del teatro: de su representabilidad, y de su circunstancia dentro de la vida de los pueblos: los *siglos áureos*.

Es un fenómeno de consideración, compañeros colombianos del arte, el solo hecho de vuestra preocupación por el teatro. Puede ser un signo de renovación, de crecimiento espiritual. Puede ser la fecha en donde se precipita la madurez intelectual que adelantaron los grandes poetas y los buenos pintores de Colombia. Puede ser la señal incontrastable de la conciencia nacional como personalidad y destino.

¡A fundar escuelas de arte dramático! ¡A levantar un conservatorio! Que cada plantel escolar cuente con su curso de arte dramático, sea escuela primaria, normal, o liceo. Que las universidades y las instituciones culturales consagren recintos de teatro experimental. Que el ministerio de educación apoye y patrocine la iniciación de grupos independientes, como se ha hecho en otros países de América que hoy resuelven más fácilmente sus problemas de educación cívica y social.

No es fácil —lo sabemos, lo sabréis— pero vale la pena. Os lo pueden asegurar Chile, Argentina y Méjico. Inmediatamente del lema "Pro Teatro Colombiano" queremos ver la acción colombiana: estoy seguro que junto a ésta se irá configurando con fuerza la realidad del país. Teatro como didáctica, teatro como arte, teatro como pasión y dintorno de un pueblo.

El teatro es el termómetro de la cultura de los pueblos, decía García Lorca con su *Barraca* por las aldeas de España. El teatro es un espejo mágico que contrasta a lo vivo la vida de las gentes: cuanto mejor nos vemos en la superficie peor nos encontramos en el fondo. Lo mismo que la prensa, pero al revés.

Escritores, artistas, pintores, músicos de Colombia: unid vuestras manos y ¡arriba el telón!